



LA INCLUSIÓN: REALIDADES Y TENDENCIAS EDUCATIVAS

*Analiza la inclusión desde los ámbitos educativo y pedagógico.
Es decir, la educación tiene que pensar la diversidad cultural y
reconocer los fenómenos más complejos del mundo social desde
una mirada crítica.*





PONENCIA CENTRAL

13. Inclusión en educación: efemérides de la biopolítica¹

Juan Carlos Echeverri Álvarez
juan.echeverri@upb.edu.co

● Introducción

Abordar el presente de la inclusión educativa exige un enfoque histórico: preguntar por el presente de la inclusión, pero ir al pasado por lo menos hasta las independencias americanas para encontrar las condiciones de emergencia de problemáticas que aquejan a las actuales educación y sociedad. El Bicentenario² fuerza a reconocer la emergencia y actual vigencia del poder liberal el cual el Estado, desde la Independencia hasta hoy, ha tenido como su principal estrategia para el gobierno de la población mediante diferentes procesos de inclusión y de exclusión; además, descubrir que la dinámica incesante de inclusión en el Estado constitucional no ha sido una opción humanizante en el devenir histórico sino elemento constitutivo del modo poder que hoy se conoce en versiones neoliberales (Foucault, 2007; Echeverri, 2015).

Para este artículo, en términos hipotéticos, la inclusión educativa es un elemento constitutivo del arte de gobernar a la población, desde finales del siglo XVIII hasta el presente, mediante una fórmula para producir modos cada vez más elaborados de libertad individual y colectiva que pasan por la coordenada de la gestión de la vida y de la muerte de las personas. Entre las lógicas republicanas del poder y los modos vigentes del gobierno de la población existe una persistencia biopolítica de construcción de la libertad como gobierno de la población que es necesario reconocer más allá de sus expresiones de superficialidad.

Se retoman dos conceptos de Michel Foucault (2006; 2007): *biopolítica* y *gubernamentalidad liberal* que sirven para reconocer a la gubernamentalidad liberal como productora constante de libertad, de inclusión y exclusión y, consecuentemente, sirven para reconocer que la inclusión educativa de nuestro presente tiene que ser estudiada en esa misma lógica de gobierno liberal de la población. Por tanto, acercarse a la inclusión no es arribar a una innovación en el proceso

¹ El artículo tuvo su publicación original en: *Educacao e Realidade*. [online]. 2020, vol.45, n.4, e98732. Epub Dec 02, 2020. ISSN 2175-6236. <http://dx.doi.org/10.1590/2175-623698732>. La actual es una edición estructural general para la revista Q.

² Se nombra así las efemérides de la independencia que, para el caso del Colombia, toma como referente el 7 de agosto de 1819, el Ejército Libertador, comandado por Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, derrotó a las tropas realistas en la Batalla del Puente de Boyacá.



de la mayor libertad y mejor democracia, sino el mecanismo contextual de la permanente transformación y exhaustividad del poder liberal.

El artículo se organiza en cinco apartados: Del liberalismo a la biopolítica; Independencias y educación en clave de gubernamentalidad liberal; Las inclusiones educativas del presente: retomando el hilo biopolítico, Formato empresa: inclusión subjetiva, “permitir vivir, facilitar morir”, y unas pequeñas conclusiones.

● Del liberalismo a la biopolítica

Biopoder nombra el conjunto de mecanismos mediante los cuales los aspectos biológicos básicos de la especie humana se convierten en partes de la política dentro de una estrategia general de poder; específicamente, nombra el que a partir del siglo XVIII las sociedades occidentales reconocieron el rasgo biológico fundamental que los humanos constituyen una especie para ser gobernada. Para poner este concepto en clave de inclusión educativa es imperativo recorrer la vía de la gubernamentalidad porque, según Michel Foucault dijo, solo “una vez que se sepa qué es ese régimen gubernamental denominado liberalismo, se podrá captar qué es la biopolítica” (Foucault, 2007, p. 41).

Occidente tuvo dos modelos principales de control de los individuos: el modelo de la exclusión del leproso y el de la inclusión del apestado (Foucault, 2001). Durante la Edad Media el leproso fue blanco de prácticas de exclusión, una de las más visibles fue el exilio de una ciudad que se cierra para relegar al enfermo al olvido en un espacio para agrupar a los infectados lo más lejos posible para no poner en peligro la población de la ciudad (Foucault, 2000, p. 13). En contraste, para enfrentar la peste durante los siglos XVII y XVIII, se procede a la inclusión de la amenaza misma que representa la población enferma: la ciudad apestada centra su atención en el peligro interior: el poder se multiplica hasta atrapar los cuerpos infectados dentro de un régimen normalizador (Foucault, 1995; 2000; 2001). Mutación de una tecnología del poder que “expulsa, excluye, prohíbe, margina y reprime, a un poder positivo, que fabrica, observa, produce conocimiento y multiplica sus efectos precisamente por este conocimiento acumulado” (Foucault, 2001, p. 55). Esta sustitución histórica corresponde a *la invención de las tecnologías positivas de poder*, que aún hoy funcionan en la gubernamentalidad neoliberal: poder para reducir los costos del ejercicio del gobierno y las posibilidades de rebelión, de resistencia y de emergencia de conductas de desobediencia e ilegalidad, características del sistema feudal.

Surgimiento de la gubernamentalidad liberal como conjunto de instituciones, procedimientos, cálculos y tácticas que permitían ejercer un gobierno cuyo blanco era la población, su saber la economía política, y su instrumento técnico las políticas de seguridad: modo de dirigir la conducta de las personas mediante el Estado. Empero, este Estado no es la expresión del poder, sino el instrumento del poder liberal que lo utiliza para conducir la conducta de las personas, es decir, para gobernarlas. ¿Qué tecnología de poder ha asegurado al Estado sus mutaciones, su desarro-



llo y su funcionamiento hasta nuestros días? (Foucault, 2007, p. 448): el liberalismo vigente hasta hoy ha sido la respuesta (2007, p. 419; Echeverri, 2015).

Arte de gobernar emergente cuyo principio es la frugalidad, es decir, no gobernar excesivamente ni tampoco en forma insuficiente (Foucault, 2007, p. 44). En este arte de gobernar el mercado es lugar de veridicción de la intervención gubernamental y, al tiempo, las intervenciones del Estado se ajustan al principio de utilidad. En fin, intercambio y utilidad son los motores que hacen funcionar la gubernamentalidad como promoción de intereses individuales y colectivos para que ellos, en interacción constante, regulen la vida en sociedad. Gobernar es manipular estos intereses que se multiplican de manera un poco artificial en el mercado. El liberalismo pregunta por la utilidad de las acciones del gobierno en una sociedad donde el valor de las cosas se construye con los intercambios generados en el mercado (Foucault, 2007, p. 67).

Se nombra *liberalismo* esta forma del poder por el rol protagónico de la libertad en la consecución de los fines del gobierno de la población. No se puede ver en la libertad un universal previamente existente que se revela paulatinamente en sus variaciones: “nunca es otra cosa que una relación actual entre gobernantes y gobernados, una relación en que la medida de la demasiado poca libertad existente es dada por la aún más libertad que se demanda” (Foucault, 2007, p. 83). La libertad ni se confiere completa desde arriba ni se reclama de una vez desde abajo, mejor, se elabora diariamente en la articulación entre derechos que exigen acción y demandas cada vez más intensas para ampliarla. *Llegar* al liberalismo no significó conquistar una libertad hasta ese momento secuestrada; significó reconocer los mecanismos mediante los cuales su fabricación cotidiana se hizo permanente.

La libertad es el combustible que consume el ejercicio del gobierno de la población, por tanto el poder se ve impelido a producirla, por lo cual gobernar exige que a cada persona se le plantee: “voy a producir para ti lo que se requiere para que seas libre. Voy a procurar que tengas la libertad de ser libre” (Foucault, 2007, p. 84). El gobierno liberal potencia la mecánica natural de la circulación, de los comportamientos y de la producción, sin otro modo de intervención que no sea la vigilancia inicial: el Estado interviene cuando reconoce que algo no acontece según el libre juego de comportamientos e intercambios, según el cual se deja que la gente haga y que las cosas transcurran (Foucault, 2006, p. 70).

● Educación, Independencia y gubernamentalidad

Con las llamadas independencias lo que realmente ocurrió fue que los territorios americanos fueron conquistados por la expansión de la gubernamentalidad liberal: poder que, mediante la estrategia de fundar el Estado Constitucional, producía en las lógicas de un mercado libre la verdad del ejercicio del gobierno y, por tanto, a esta nueva lógica le era imposible convivir con imperios cerrados a la libre circulación porque: “esta práctica gubernamental (...) sólo puede funcionar si hay efectivamente una serie de libertades: libertad de mercado, libertad del vende-



dor y el comprador, libre ejercicio del derecho de propiedad, libertad de discusión, eventualmente libertad de expresión” (Foucault, 2007, p. 84). Como una nueva razón de Estado consumidora, productora y organizadora de libertad, las independencias fueron estrategia de producción en el camino hacia el gobierno de la totalidad de la población.

El Estado agrupa dos de las principales nociones de esta razón de gobierno: libertad y totalidad, las cuales han sido históricamente equivalentes políticos de inclusión y, también, productoras de exclusión. Totalidad, porque el Estado es una totalidad armada con totalidades: un dispositivo para gobernar a la totalidad de la población libre en la totalidad de un territorio igualmente libre. Libertad, porque esta, motor de la gubernamentalidad, no puede dejar de producirse en los territorios del derecho, la subjetividad y, más recientemente, de discapacidades, emociones y aflicciones. Con la independencia se hizo posible acomodar las mentalidades a la forma del poder que reclamaba, de cada persona y del grupo social, que aceptaran libremente ser gobernados dentro de una lógica de poder que cedía ciertas libertades y derechos para alentar la exigencia desde debajo de más libertades y mejores derechos, en los nuevos escenarios del cuerpo, la mente y la subjetividad (Echeverri, 2015; Foucault, 2007; Veiga-Neto, 2013).

Con la nueva gubernamentalidad se hizo norma que gobernar a todos requería educar a todos, por tanto, quienes hasta ese momento habían sido relegados por color de piel, riqueza, casta, religión, alfabetidad, comenzaban a ser incluidos en la nueva fórmula de “todos iguales ante la ley” y forzados a pertenecer a la comunidad imaginada por todos que sería la nación (Veiga Neto, 2013; Bushnell, 1996). Hasta los colores más inverosímiles y las posiciones más abyectas tenían que incluirse en la nacionalidad: mestizos, castizos, españoles, negras, mulatos, moriscos, chinos, indias, salta atrás, lobos, jíbaros, albarazados, cambujos, sambaigos, calpamulatos, tente en el aire, no te entiendo y torna atrás, por ejemplo, ya no serían excluidos como castas, sino como personas cada vez mejor educadas para incluir en la nación como ciudadanos.

Con las independencias la gubernamentalidad liberal se constituyó en la fórmula general del poder en Occidente, y una de sus instituciones inmanentes, la educación en su forma escuela, coadyuvó a su expansión y posicionamiento por toda América Latina. Ciertamente, apenas iniciado el siglo XIX emergió un fenómeno educativo que hoy, doscientos años después, todavía impresiona por sus características: el vertiginoso proceso de globalización de la educación a través del método lancasteriano de enseñanza. Proceso de difusión de la escuela como institución privilegiada de un nuevo esquema de sociedad basado en ideas modernas de progreso, de individuo y vinculada a la superioridad, primero europea, y posteriormente de los Estados Unidos (Caruso y Roldán, 2005, p. 646). Entre la presión expansiva de la libertad, las independencias y la propagación de la educación no hubo coincidencia azarosa, sino convergencia de los elementos que constituyeron el gobierno liberal en lógicas cada vez más exhaustivas de mercado (Caruso, 2005; Echeverri, 2015).

La escuela se inventó por el liberalismo para que la población reconociera la educación misma como un derecho, y educarse el ejercicio mismo de la libertad. Pese a ello, el comienzo re-



publicano de la escuela fue de inclusión violenta porque para esta razón de gobierno ser libres no era una libre opción sino la orden dictada por vía política y educativa para legitimar el poder de la gubernamentalidad. Es decir, la escuela fue el dispositivo de inclusión totalizante que, sin embargo, excluía sectores de población de espacios de participación, de bienestar o de poder. La escuela lancasteriana fue un experimento de gobierno en lógicas de inclusión/excluyente que todavía existen. Así, la inclusión de los pobres en la educación tenía que ver al mismo tiempo con excluirlos de una posición social superior. El manual inglés de este método, traducido en 1826 para la Gran Colombia, decía:

Al trabajo y al ingenio de los pobres debemos nuestros consuelos y nuestras conveniencias: tenemos a la verdad, un profundo interés en el estado de su moral; porque como en cada País abundan como la clase más numerosa, nuestra seguridad personal depende mucho de sus cualidades morales: nos hallamos obligados, en innumerables ocasiones, a confiarles el cuidado de nuestras propiedades, y lo que es todavía de mayor importancia, influyen considerablemente en el espíritu de nuestros hijos las buenas o malas cualidades de los criados a cuyo cuidado permanecen tanto tiempo (p. 1).

El método lancasteriano, pese a las recurrentes imágenes de castigo, de encierro y de verticalidad autoritaria, fue lo contrario: el mecanismo para la producción de inclusión, de libertad y de igualdad en la escuela. Es apenas lógico para una mirada atenta: las independencias no requerían sumisión, sino la libertad suficiente para exigir cada vez mayor libertad. La disciplina, por tanto, no ha sido nunca un modo de suprimir la libertad sino el mecanismo de su producción continua, más aún: “el panóptico es la fórmula misma de un gobierno liberal” (Foucault, 2007, p. 89). El método lancasteriano fue el dispositivo temporal del poder liberal para imponer la escuela, para dar tiempo a la alfabetización y a la emergencia de la enseñanza controlada con fines de gobierno de la población. La escuela fue la expresión de una inclusión que hasta ese momento no existía para la niñez y, dentro de sus muros, se potenciaba la competencia y el esfuerzo por tener éxito, por sobresalir para pertenecer luego, de manera exitosa, a la ciudadanía (Echeverri, 2015).

El método lancasteriano, monitoreal o mutuo (Caruso, 2005; Roldán, 2005), fue el primer ensayo total de producir libertad desde la base de la sociedad. Con su emergencia se liberaba al niño del vagabundeo sin oficio, de la inexistencia social y de los oficios onerosos de sus padres; la escuela les otorgaba voz, les endilgaba el oficio de estudiantes y los convertía en blanco del poder y del saber para mejor gobernarlos, es decir, la escuela los incluía para poder edificar sociedad que, a su vez, los construía a ellos. La educación liberaba al niño de sujeciones ancestrales y le prometía que en ella y en la sociedad por vías de denodadas competencias serían todo lo que alcanzara el esfuerzo de cada persona. La necesidad de conducir la conducta de los niños para hacerlos libres obligaba a la escuela a enseñar a leer y escribir: la lectura no solamente garantizaba el reconocimiento de la ley, también hacía expedito el viaje de disciplinas como la psicología y la pedagogía desde la disciplina hasta la mente de las personas para potenciar que cada uno explotara mejor los territorios de sí mismo como fuente inagotable de libertad; la lectura, igualmente servía para instalar en la subjetividad al guardián perfecto de autogobierno.



La superación del método lancasteriano dio paso a pedagogías que (Caruso, 2005; Echeverri Álvarez, 2015) dejaban ver la necesidad de evitar un control exterior, disciplinario y coactivo, para fijar el gobierno en tácticas menos opresivas y más operativas. Según el norte de estas pedagogías, la escuela tendría que dejar de ser el espacio para excluir patologías físicas y mentales, riqueza y pobreza, posición social para, por el contrario, instalarse en un tipo de socialización posible para todos los miembros de la población. Socialización vinculada con la verdad que enunciarían la ciencia médica y la voz de los expertos en procesos de ingeniería social. Las resistencias de los estudiantes a esta nueva forma de socialización serían tratadas como desviaciones individuales con consecuencias de exclusión del sistema. Esto es, ya no sería el plano económico el de inclusiones y exclusiones sino el del diagnóstico de la ciencia (Varela, 1995; Rose, 2010).

Educación que mientras más liberaba a los niños más culpabiliza a los docentes en un proceso ascendente de pérdida de la autoridad que les otorgaba el oficio. Fenómeno que aceleraba la horizontalización de las dignidades (igualar en derecho estudiantes y profesores) como libertad política, mientras más relevancia le daba al sí mismo de los estudiantes como libertad subjetiva. Esta liberación del niño estudiante alcanzó una cima importante cuando la escuela activa pregonó: *“por fin el niño es el centro de todas las preocupaciones en la escuela. ¡Por fin el niño es un sol!”* (Nieto C. en: Cubillos, 2007, p. 232). El presente de la educación, en las lógicas del poder del mercado, continúa reforzando ese vuelco hacia el estudiante por la vía de modelos pedagógicos vergonzantes de la ley (González, 1996), direccionados por la psicología, por tanto, centrados en el aprendizaje, y que se fundamentan en un aparente logro que grandilocuamente vocifera: ¡por fin el estudiante es el centro de todas las administraciones, por fin el estudiante es un cliente!

● **Inclusión educativa actual: exhaustividad de la razón biopolítica**

Totalidad y libertad son las palabras de la gubernamentalidad liberal. Totalidad en la última década del siglo pasado volvió a poner la inclusión en la mira de la educación. La expansión del mercado supera la idea de Estado Nación, con cuyo equilibrio surgió la idea de gubernamentalidad, y da otro giro en su tendencia universalista: desde la segunda mitad del siglo XX totalidad se expresa mediante organismos transnacionales de alcance global, o a través de tratados internacionales que imponen a los firmantes compromisos indeclinables. Ya hoy la gubernamentalidad alcanza la totalidad del mundo (Medici, s.f.). La Declaración Mundial sobre Educación para Todos, lo expresa así: “consenso mundial sobre una visión ampliada de la educación básica y constituyen un compromiso renovado para garantizar que las necesidades básicas de aprendizaje de todos, niños y niñas, jóvenes y personas de edad adulta, se satisfacen en todos los países (Wadi D. Haddad, Jomtien, 1990).

La Declaración de Salamanca exhorta a la unión de todos los gobiernos y les insta a dar alta prioridad política y presupuestaria al mejoramiento de los sistemas educativos para que puedan incluir a todos los niños y niñas, con independencia de sus diferencias o dificultades individuales (Salamanca, 1994). Totalidad de totalidades: todos los Estados con todas las poblaciones gober-



nadas por ideas cada vez más refinadas de visibilidad, libertad y docilidad, es decir, todos inscritos en el mercado. Y aunque en términos sociales decir “todos” es siempre, paradójicamente, una indeterminación, esta declaración aclara quiénes provisionalmente son todos los que deben ser incluidos:

las escuelas deben acoger a todos los niños, independientemente de sus condiciones físicas, intelectuales, sociales, emocionales, lingüísticas u otras. Deben acoger a niños discapacitados y niños bien dotados, a niños que viven en la calle y que trabajan, niños de poblaciones remotas o nómadas, niños de minorías lingüísticas étnicas o culturales y niños de otros grupos o zonas desfavorecidos o marginados. (Salamanca, 1990, p. 6)

Totalidad porque gobernar es incluir. La escuela está impelida a enfrentarse a la multiplicidad de exclusiones producidas en la sociedad porque todavía es el dispositivo de la experimentación para el mejor ejercicio del gobierno. Lo que la sociedad no es capaz de reconocer plenamente en la ciudadanía le exige a la escuela que lo interrogue, lo incluya y, por este camino, contribuya con el proceso de su legitimación social para convertirlo en un interés para el mercado. La escuela recibe anormales, discapacitados, marginados, maltratados, tímidos, acomplejados, drogodependientes, pillos, embarazadas, y cada vez se ve más presionada para que incluya LGBTI, tatuados, perforados, travestidos, deprimidos, estresados, suicidas y violentos, para hacerlos eficaces o para convertirlos en intereses: submercados que les aprovecha a ellos mismos, y a los miembros de su entorno, obligándolos a que consuman los productos que estas condiciones de exclusión generan y que el proceso de inclusión hace más productivo.

La razón del dispositivo escolar-pedagógico es doble: de un lado, incluye: convoca cada vez mayor número de personas en todo el territorio, y con rangos de edad cada vez más amplios, como reza una política educativa en Colombia: de cero a siempre. Del otro, libera en un proceso sistemático de empoderamiento legal, psicológico y cultural frente a los maestros, los padres, y los adultos en general, convirtiéndolos en narcisos que solo se deben a sí mismos (González, 1996). La libertad creciente de los estudiantes tiene como efecto perverso que mientras los adultos pierden su autoridad, aquellos que tendrían que ser formados se empoderan en el derecho pero, también, en las autculpabilizaciones de adultos y docentes que se sienten responsables por dilapidar la experiencia de sus niños en las lógicas de un intolerable autoritarismo adulto; el resultado es esa horizontalización de relaciones que genera violencia, infantilización, falta de autoridad y vergüenza adulta de agenciar la ley para el ingreso del otro a la cultura (Echeverri, 2015).

● Razones gerenciales y subjetividad de la inclusión

En el presente la dimensión biopolítica de inclusión se asocia todavía con mercado, con totalidad y con libertad. Para las lógicas administrativas, incluir a los niños en la escuela es un juego de suma-cero según el cual la creación de inclusión elimina formas de exclusión. El juego consiste en no dejar a ningún niño por fuera del sistema escolar para posibilitar a todos el éxito en ella



y en la sociedad. La idea gerencial de “todos los niños en el sistema educativo” es una promesa que alienta los esfuerzos de las políticas educativas para generar más inclusión y, de igual modo, aumenta el esfuerzo de los que todavía no están incluidos por participar de la armonía de la totalidad prometida. Con la palabra “todos” se borran las diferencias excluyentes mediante procedimientos correctos y con una planificación capaz de producir identidad individual dentro de la generalización “todos los niños” (Popkewitz, 2010).

Desde la Independencia la inclusión ha sido el mandato que concede vigencia a la estructura y racionalidad del Estado y sirve al poder liberal como estrategia de gobierno de los individuos y de la población (Lopes, M.C. e Dal’igna, M.C., 2012). Incluir es un imperativo relacionado con la formación de la ciudadanía para la construcción de la Nación. Inclusión nombra un conjunto de prácticas sociales, culturales, educativas y de salud, dirigidas a una población que se requiere disciplinar, monitorear y regular. Por eso los excluidos: quienes “acumulan la mayoría de las desventajas sociales: pobreza, falta de trabajo, sociabilidad restringida, malas condiciones de vivienda, mayor exposición a los grandes riesgos de la existencia” (Boneti, 2008, p. 21), se asumen como mal gobernados que tomarán malas decisiones electorales y sociales. Para no arriesgar estas malas decisiones, entran en el ruedo político nuevas situaciones de riesgo para la vida que inicialmente no cubría la visión gerencial del Estado. La escuela es la incubadora de estas situaciones que exigen inclusión para que no afecte el gobierno de la población ni a la población en sí misma.

En relación con los discapacitados esta visión gerencial busca sostener a todos los niños en la escuela para ampliar significativamente las estadísticas de asistencia mientras se evita el incremento de factores de riesgo para la población asociados con la discapacidad. Esta lógica empresarial de administrar lo social, convierte la inclusión educativa en una estrategia biopolítica mediante la cual se busca controlar a la totalidad de la población en edad escolar con miras a garantizar la seguridad social mediante el monitoreo de una serie de datos estadísticos sobre la discapacidad, pero también sobre, raza, vivienda, ingresos, familias, por ejemplo.

Para el Estado la inclusión escolar rebaja los costos generados en la administración de la población, porque los incluidos reciben en las escuelas nociones diversas, por ejemplo, de higiene, alimentación saludable, prevención de enfermedades, cultura de paz, respeto ambiental, ética de la sexualidad, entre otros entrenamientos para vivir en la sociedad a pesar de sus diferencias mentales o físicas. De igual manera, las familias de los estudiantes incluidos reciben orientación sobre diversos temas de interés para un mayor bienestar. "De esta manera, las comunidades, las familias y los individuos se gestionan al mismo tiempo, evitando una serie de riesgos" (Hattge, 2007, p. 194). La inclusión escolar permite invertir en capital humano para la producción de personas que trabajan por cuenta propia, que compiten en las dinámicas del mercado puestas en funcionamiento a través de la racionalidad gerencial del neoliberalismo (Corcini, Lockmann y Hattge, 2013).

Si desde el siglo XVIII el mercado fue la zona de veridificación de la intervención gubernamental (Foucault, 2007) todavía dicta la verdad sobre la sociedad y organiza las formas de gobierno, pero cada vez con más énfasis en el itinerario que inició desde el siglo XIX hacia el sí mismo: las



personas se reconocen cada vez más como una empresa en la cual cada uno debe convertirse en el gerente de sí mismo; por eso se incluye en la sociedad y en la educación, para gobernar mediante una economía de autogobierno: que todos alcancen la autorrealización inculcada en la escuela, sin importar qué tan diferentes parezcan a primera vista entre ellos. La autorrealización es la estrategia infundida por el poder liberal para la penetración del mercado en la esfera privada. Las personas sin una realización, en términos de éxito económico y prestigio social, son objeto de terapias para que puedan alcanzar esa realización por vía psíquica. La psicología promete que mediante sus técnicas se aumentan las ganancias, se combaten los conflictos, se organizan relaciones armoniosas y se neutraliza la violencia contra otros o contra sí mismo, esto último mediante la incorporación un lenguaje edulcorado de emociones paliativas (Illouz, 2007; 2010).

Los empresarios de sí mismos, gracias a una escuela con procesos de inclusión, son una totalidad conformada por sujetos construidos en dispositivos de subjetivación que los impele a la autogestión y el autodisciplinamiento. Tecnología psíquica como panóptico del sí mismo que vigila la propia vida y, cuando esta no funciona según los criterios de reconocimiento social, exige autoflagelaciones que repliegan hacia el propio interior psíquico para no causar traumas al mundo del mercado en el cual la propia empresa, es decir, la vida personal, no logró prosperar. El interior subjetivo es la nueva región de libertad del neoliberalismo: personas diseñadas psicológicamente para que su experiencia personal de la libertad les sirva para liberarse, pero también para autorrecriminarse como culpables de su incompetencia cuando no se obtiene éxito. Maximización del gobierno liberal como productora de sujetos que requieren aprobación social para sentirse bien consigo mismos. Si un sujeto se niega a invertir en proyectos que le permitan integrarse a estos círculos de aprobación, se le inoculan sensaciones de exclusión, desvaloración, enfermedad y una paulatina pérdida del sentido de su vida para que se arrime cada vez más a la “solución final”.

Un buen gerente de sí mismo debe tener competencias para gestionar emociones, explotar potencialidades: producir subjetividad útil en función de criterios y de ritmos establecidos de manera heterónoma, aunque se experimenten como auténticos y propios. La persona es la empresa para sí misma, por tanto, esa dimensión gerencial tiene que ser potenciada por vía educativa. La racionalidad gubernamental neoliberal necesita libertad, y la produce en el sí mismo de personas con cada vez mayor capacidad empresarial, automotivadas y refrenadas con mecanismos afectivos de autocontrol: “El yo como proyecto, que cree haberse liberado de las coacciones externas y de las coerciones ajenas, se somete a coacciones internas y a coerciones propias en forma de una coacción al rendimiento y la optimización” (Byung-Chul, 2014, p. 7).

Los sentimientos son bienes de consumo que contribuyen a la creación de emociones, también ellas como mercancías: la felicidad se convierte en un espacio de inversión y hasta el amor romántico se banaliza en el consumo. Poseer buenos sentimientos es un ejercicio educativo que evalúan pedagogos y psicólogos de igual manera a como los economistas evalúan los mercados. Si bien las emociones han acompañado a la humanidad durante toda su historia vital, las terapéuticas del liberalismo han sido las encargadas de su normalización y de gestionarlas



hasta convertirlas en mercancía para, por un lado, vitalizar el mercado que produce verdad de la práctica gubernamental (Foucault, 2007) y, por el otro, sirven de tabique de autogobierno para prevenir desbordes sociales. Los individuos de estas sociedades son educados para interpretar sus emociones según los principios de la economía, pero matizada por modelos psicológicos que les sirven de herramienta al mercado para encubrir sus propósitos económicos: “Emoción y capitalismo caminan juntos: diversos actores han convergido en la creación de un ámbito de acción en el cual la salud mental y emocional es la principal mercancía que circula” (Illouz, 2010, p. 219).

El neoliberalismo resuelve la cuestión de la vulnerabilidad afectiva en la “gestión de los afectos”. Pero mientras sea “el Mercado” el que predomina en la constitución de la subjetividad, se debilitan la cohesión social y las solidaridades con un efecto de economía del poder de gobernar. El Estado descentraliza su responsabilidad de producir bienestar en las emociones de los individuos, para que se autogobiernen y se autocastiguen cuando sea necesario. El viaje hacia el sí mismo, comenzado con las pedagogías del siglo XIX, arribó a la estación de las emociones en el siglo XXI. Estas son un espacio de inclusión y de exclusión inédito, aunque se relacione de inmediato con la yunta normal/anormal. Es una zona de inclusión biopolítica que tiene que ver con vivir y morir, aunque sean niños los primeros que deben incluirse en la gestión de las emociones en la escuela, y los primeros en descubrir que la educación de las emociones no es tanto aprender a manejarlas, sino crear la emoción angustiante de reconocer que esto no se logra nunca.

● De facilitar morir a permitir vivir

La inclusión educativa actual es un interés creado más o menos artificialmente para producir más intereses, esto es, para generar sectores de mercado con efecto positivo en la economía, también las emociones tienen su propio mercado, y si estas emociones no producen por vía educativa los efectos de autogobierno esperados, se activa el plan de contingencia con el nuevo mercado de las aflicciones que complementa el bazar de los sentimientos (Martínez-Hernández, 2007). Este mercado de emoción-sentimiento-aflicción aparece cuando el miedo constitutivo que porta el liberalismo se exagera (Foucault, 2007): miedo al cambio climático, miedo al extranjero, miedo al conflicto armado, miedo a los despidos, miedo a la enfermedad, miedo a todo aquello que pueda empeorar la situación presente por mala que sea. En el momento en que ese miedo deja de ser bien administrado por el mercado de las emociones, en parte es relevado por el mercado de las aflicciones, un espacio de consumo dentro del cual las escuelas insisten en incluir a los niños para hacerlos pasar por terapias y medicalizaciones, al mismo tiempo que se les enseña a canalizar las emociones de posible resistencia que este trato produce en ellos mismos y en sus padres.

En países como Estados Unidos las estadísticas sobre trastorno bipolar, popularmente conocido como “enfermedad de las emociones”, se han incrementado en un 4000 % desde mediados de los años noventa. Lo llamativo de este nuevo territorio de inclusión/exclusión es que los síntomas de la bipolaridad infantil –grandiosidad, sueño disminuido, locuacidad, pensamiento acelerado, distractibilidad, agitación psicomotriz– aluden simplemente a las características que



puede poseer una infancia feliz. Pero el inicio de esta expansión epidémica de la bipolaridad coincidió con el vencimiento, en la última década del siglo XX, de patentes de medicamentos antidepresivos y la industria farmacéutica presionó para que la psiquiatría recategorizara un conjunto de síntomas, cuya combinación pasó a ser patológica, y correlativamente, aumentó el número de consumidores de psicofármacos tentados por la promesa de obtener estabilidad emocional (Rendueles, 2017, p. 83)

La biopolítica de las aflicciones, como mercantilización de los estados de ánimo, se refleja en el aumento de casos diagnosticados de depresión, ansiedad y otros trastornos afines. Para el 2020 la depresión será la segunda enfermedad en términos de prevalencia mundial por detrás de la cardiopatía isquémica (OMS, 2001) y una de las primeras causas de discapacidad y mortalidad causada por suicidio. Los procesos de naturalización de las aflicciones humanas y su reconversión en enfermedades se amplían actualmente por la mayor disponibilidad de los usuarios a la resolución de sus malestares mediante la ingesta de psicofármacos.

Esta ampliación de la mercantilización de la subjetividad, esta libertad de consumo, esta patologización de las aflicciones, tiene que ver con cierto efecto perverso de la necesidad expansionista del mercado que le da coherencia, existencia y vigencia a la gubernamentalidad liberal: si bien convierte de manera violenta en enfermedad las formas de sentir, desear y actuar, para ampliar mercados, al mismo tiempo legitima esta práctica con procesos de inclusión que, realmente, en vez de incluir, etiquetan a las personas en una categoría de interés, de consumo y de gestión. Es una forma del gobierno que permite vivir, pero también facilita morir, inclusive en las tempranas edades que habitan la escuela.

“Permitir vivir, facilitar morir” funciona como una fórmula explicativa que retoma con otras necesidades la inversión que hizo Michel Foucault de la relación del poder con la vida: de la soberanía sería el ‘derecho de hacer morir y dejar vivir’: poder que se ejerce de forma asimétrica, privilegiando la muerte en detrimento de la vida; del ejercicio biopolítico del poder sería ‘hacer vivir y dejar morir’, porque se trata de defender la vida al punto de solo dejar morir cuando ya no haya otra alternativa. En la nueva fórmula biopolítica ya no es un ejercicio del poder desde arriba que mata o deja vivir según sus prerrogativas; ahora es mucho más complejo: las personas tienen que justificar estar vivos con demostraciones de éxito, emprendimiento, participación, para que el sistema les permitirá vivir sin aflicciones, si no lo logran se les garantizan todas las armas legales y psicológicas para ser incluidos en los que tienen derecho a morir por voluntad propia, generando por fin una ganancia por lo menos en el mercado floreciente de la muerte (Foucault, 2007; Forrester, 1996).

El neoliberalismo les dice a las personas: voy a crear las condiciones para que puedas vivir, si fracasas gerenciándote a ti mismo, te facilito morir. El mercado cada vez amplía más la libertad hasta los extremos intocados del suicidio, la eutanasia y el aborto. Si bien, el suicidio parecía una resistencia política (González, 2019), contra las acciones que han normado la forma de ser persona, el modo de desear y fija las cosas que se deben o no hacer en conductas normales, lo



cierto es que la muerte, por vía del suicidio, por ejemplo, en los jóvenes escolares, tiene que ver con la suprema exhaustividad del mercado, del autogobierno de la subjetividad, del maltrato de las emociones y de la caída en las aflicciones: un proceso que le dice al individuo que si fracasa, pese a que el sistema le creó las condiciones para que pueda vivir, el mismo sistema le facilita morir para ahorrarle costos al gobierno y, al mismo tiempo, nutrir otro mercado que sostenga la forma general del poder. Porque el suicidio realmente es un acto de profunda resignación: no hay resistencia en un cervatillo capturado por un león: hay resignación. El liberalismo es una fiera y tiene a los jóvenes en sus garras.

Pese a lo anterior, la inclusión, en tanto asunto biopolítico, no es un mecanismo para matar sino, paradójicamente, de prevención del suicidio de los excluidos con riesgo inminente. Sin embargo, como acabamos de ver, los formatos de inclusión no siempre reconocen problemáticas sociales, sino un modo de crearlas y potenciarlas. El suicidio es parte constitutiva del dispositivo biopolítico de gobierno de la población según lógicas de mercado. En lógicas de exclusión, incapacidad de éxito, inoperancia de gestionarse a sí mismo de manera eficiente por vías emocionales y subjetivas, el suicidio es una posibilidad cada vez más cercana. Es uno de esos terrenos que, como el de la sexualidad, tendrá que salir del closet (esto es, decir la verdad sobre sí mismo a la sociedad) y dejar de esconderse.

La sobrevaloración de las emociones, la comercialización de las aflicciones, la libertad exacerbada de los jóvenes como clientes preferenciales del mercado, hacen que el suicidio sea al mismo tiempo posibilidad, reto y espectáculo. La muerte es la última conquista de la libertad. La inclusión escolar que identifica los riesgos y los minimiza no puede ocultar el hecho de que cada vez más suicidas manifiestan sus intenciones. Es que la biopolítica para la cual la muerte era un enemigo, ahora se ha convertido en estrategia de gobierno que como se ha dicho, permite vivir, pero facilita morir para el bien del mercado y la población.

● Palabras finales

El artículo, a través de la interpretación histórica de la relación educación y sociedad, mostró que la inclusión no es un invento de la actual democracia, ni una elección educativa entre muchas, sino, la condición de vigencia de un modo del poder surgido en el siglo XVIII, que requiere producir libertad de manera continua en espacios del derecho, pero también en los escenarios de las subjetividades en un nuevo mundo psique. De la misma forma en que la ciudadanía se convirtió en la independencia de la población para generar libertades en el campo del derecho, el sí mismo se constituye en la independencia interna de las personas para producir libertades sin más límites que la imaginación individual y la muerte. Todavía, entonces, la educación tiene un importante lugar como dispositivo del liberalismo para mantener una constante experiencia de la libertad mediante la incursión exploratoria en nuevos espacios de interés para el mercado: el cuerpo, la sexualidad, las emociones, la muerte, por ejemplo. Por eso la inclusión se presenta



como un esfuerzo constante porque la mucha inclusión existente es menor que la más inclusión que se demanda.

En perspectiva, la inclusión en educación tiene que ver todavía con el gobierno de la totalidad de una población. El neoliberalismo construye sus verdades en el mercado y, dado que su expansión geográfica pareciera haber cesado, fomenta intereses que revitalizan ese mercado en las exclusiones, las discapacidades, el cuerpo y la mente de las personas. En los casos en que las inclusiones no son aceptadas de alguna manera, lo que no se debe nunca afectar el propio mercado, ni siquiera con el postrimer acto de libertad: morir. La escuela emergió para recibir a todos, para enseñar todo a todos, para liberar a todos y a todos permitirles competir en la sociedad. Actualmente la educación tiene que ser mirada en las lógicas históricas para preguntar cuáles son sus efectos en términos de inclusión, desde la perspectiva de la gubernamentalidad y de la biopolítica, por supuesto la inclusión tiene efectos perversos en las lógicas del mercado, convierte en mercancía e interés, pero esas mismas perversiones han de producir efectos de transformación social para el beneficio de cada vez mayor número de personas.

● Referencias

- Bushnell, David (1996). *Colombia. Una nación a pesar de sí misma*. Bogotá, Ed. Planeta.
- Caruso, M. (2009). *Independencias latinoamericanas y escuela mutuas. Un análisis desde la perspectiva de la historia global (1815-1850)*. Cortesía del autor.
- Caruso, M. (2005b). The Persistence of Educational Semantics: Patterns of Variation in Monitorial Schooling in Colombia (1821–1844). *Paedagogica Historica*, 41 (6), 721-744
- Caruso, M. y Roldán, E. (2005). Pluralizing Meanings: the Monitorial System of Education in Latin America in the early nineteenth century. *Paedagogica Historica*. 41 (6), 645–654
- Castro O., Rodrigo (2009). La ciudad apesada. Neoliberalismo y postpanóptico. *Revista de Ciencia Política / volumen 29/ n° 1 / 2009 / 165 -183*. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718090X2009000100009>
- Cubillos, J. (2007). *Agustín Nieto Caballero y el proceso de apropiación del pensamiento pedagógico y filosófico de John Dewey*. Bogotá. Universidad del Valle y Gimnasio Moderno de Bogotá.
- Echeverri-Álvarez, J. (2015). *Escuela y métodos pedagógicos en clave de gubernamentalidad liberal. Colombia 1821-1946*. Medellín. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Forrester, Vivian (1996). *El horror económico*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M (1993). ¿Qué es la Ilustración? *Revista de Filosofía*. No. 7. pp. 5-18. Murcia. Universidad de Murcia.
- Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2001). *Los anormales. Cursos en el College de France (1974-1975)*. México. Fondo de Cultura Económica.
- González, J.A. (2019). El suicidio como resistencia política: el mundo del empresario del yo. *Revista Eleuthera*, 21, 51-65. DOI: 10.17151/eleu.2019.21.4.



- González, C. (1996). Autoridad y autonomía. *Cuadernos Académicos*, No. 1, Medellín. Documento, Universidad Nacional.
- Han, Byung-Chul. (2014). *Psicopolítica*. Herder Editorial, Barcelona.
- Heidegger, Martin (1994). *Serenidad*. Barcelona. Ediciones de Serbal, Barcelona. Trad. de Yves Zimmermann.
- Illouz, Eva (2010). *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*. Buenos Aires. Katz Editores.
- Illouz, Eva (2007). *Intimidaciones congeladas. Las emociones del capitalismo*. Buenos Aires. Katz Editores.
- Lopes, M.C. e Dal'igna, M.C. (2012). Subjetividade docente, inclusão e gênero. *Educação & Sociedade*. 33.(120), 851-868.
- Martínez-Hernández, Angel (2007). La mercantilización de los estados de ánimo. El consumo de antidepresivos y las nuevas biopolíticas de las afecciones. *Política y Sociedad*. Vol. 43. No. 3 pp. 43-56.
- Masschelein y Simons, (2002). *Biopolítica y educación. medición, estandarización, regularización poblacional*. file:///C:/Users/juane/Downloads/13810-48560-1-SM.pdf
- Maura Corcini Lopes; Kamila Lockmann; Morgana Domênica Hattge (2013). Políticas de Estado e Inclusão. Número 38 / *Universidad Pedagógica Nacional* / Facultad de Educación / 2013 / Páginas. 41 - 50
- Medici, A (s.f). La globalización realmente existente=totalización de la gubernamentalidad (neo)liberal: el nuevo contexto contra el que deben practicarse y pensarse los DDHH. *Academia*. https://www.academia.edu/11960097/Globalizaci%C3%B3n_totalizaci%C3%B3n_de_la_gubernamentalidad_neoliberal?auto=download
- Mondragón B. Liliana y Caballero G. Miguel Ángel (2008). Del sujeto que ha intentado suicidarse y el otro: la institución psiquiátrica. *Rev Obs Filos*. Nº.7, p. 11.
- Popkewitz, Thomas (2010). Inclusión y exclusión como gestos dobles en política y ciencias de la educación. *Propuesta Educativa*, núm. 33, junio. pp. 11-27 FLacso. Buenos Aires, Argentina.
- Rendueles, César. (2017). La gobernanza emocional en el capitalismo avanzado. Entre el nihilismo emotivista y el neocomunitarismo adaptativo. *Revista de Estudios Sociales* 62: 82-88. <https://dx.doi.org/10.7440/res62.2017.08>
- Roldán V., E. (2005). Order in the Classroom: The Spanish American Appropriation of the Monitorial System of Education. *Paedagogica Historica*. (1),655-675.
- Rose, N. (2010). *Powers of Freedom. Reframing political thought*. Cambridge University (First edition 1999).
- Subirats, E. (1981). *La ilustración insuficiente*. Madrid: Taurus
- Varela, Julia (1992). Categorías espacio temporales y socialización escolar: del individualismo al narcisismo. *Revista de Educación*, 298 (1992). págs. 7-29.
- Vázquez, Francisco (2005): Empresarios de nosotros mismos. Biopolítica, mercado y soberanía en la gubernamentalidad neoliberal. En: Ugarte, Javier (Comp.). *La administración de la vida. Estudios biopolíticos*. Barcelona, Anthropos, pp. 73-103.
- Veiga-Neto, A. (2013). Biopolítica, normalización y educación. *Pedagogía y Saberes* No. 38. Universidad Pedagógica Nacional. Facultad de Educación. pp. 83-91